



VOL: AÑO 8, NUMERO 21

FECHA: ENERO-ABRIL 1993

TEMA: IDENTIDAD NACIONAL Y NACIONALISMOS

TITULO: **América Latina: Globalización y crisis de identidad**

AUTOR: *Jaime Osorio* [*]

SECCION: Artículos

RESUMEN:

Uno de los signos de nuestro tiempo es la crisis de los proyectos sociales y civilizatorios. América Latina también vive a su manera estos procesos. En los últimos años la región es testigo de dos falsas promesas: la redención económica propuesta por el neoliberalismo y la entrada al reino de la democracia. Estas promesas incumplidas han alimentado la crisis de proyectos de nación en América Latina, uno de los aspectos claves de la identidad como proceso político.

ABSTRACT:

Latin America. "Globalization" and the Identity Crisis.

A sign of our time is the crisis of social and civilizing projects. Latin America also lives out this process on her own way. Lately the region has been a witness for two false promises. The first is the economic redemption proposed by new liberalism. The second is the entrance to the kingdom of democracy. These broken promises have feed the project crisis in Latin America's nations, one of the key factors of identity as a political process.

TEXTO

Introducción

Una forma de caracterizar la actual situación mundial es señalar que asistimos a un parteaguas de la historia. Vivimos uno de esos momentos particulares en donde muchas cosas se derrumban (instituciones, gobiernos, sistemas, credos, paradigmas, etc.) y en donde se abren las puertas para la puesta en marcha de nuevos procesos.

Los dos movimientos -el de destrucción y el de construcción- se hallan en una situación de traslape en donde lo viejo no termina de morir y lo nuevo no alcanza a tomar formas definitivas. No es difícil entender que en momentos de esta naturaleza los horizontes se hagan brumosos y que, a decir de algunos, el signo de nuestro tiempo sea la incertidumbre.

¿Qué de lo que se derrumba debe ser lanzado a la basura y qué puede ser rescatado para las nuevas construcciones? He allí un problema de no fácil resolución.

También habría que señalar que algunos procesos en los campos político, económico, social y cultural ya han comenzado a caminar, por lo que no estamos ante una novedad completa.

Nuestra preocupación en este trabajo es América Latina. En el cuadro de los cambios que agitan a la humanidad en este fin de siglo, ¿qué caminos debe tomar el subcontinente en aras de alcanzar mejores niveles de bienestar para el conjunto de la población? La pregunta es pretenciosa, por lo que en la exposición hay más interrogantes que respuestas.

Por lo pronto adelantemos que en medio de la crisis de los proyectos societales modernos (capitalismo y socialismo) y de la frustración que provoca el incumplimiento de las "falsas promesas" del neoliberalismo en materia económica y de los procesos de democratización, América Latina vive una verdadera crisis de identidad, signada por la ausencia de proyectos de nación que logren aglutinar a los diversos sectores sociales y abran un horizonte de esperanzas que conciten el acuerdo de la mayoría de la población.

I. Crisis de los proyectos societales

La reorganización de la economía mundial y la búsqueda de nuevos horizontes sociales se da en un marco de crisis de los dos principales proyectos societales de nuestro tiempo, el socialismo y el capitalismo.

La magnitud y las formas que asume la crisis para ambos proyectos es desigual. Las experiencias socialistas burocráticas y autoritarias han sufrido un golpe significativo con el derribamiento de los gobiernos en Europa del Este, proceso que ha marcado el fin de una vía al socialismo (y que ha acentuado la crisis de las experiencias de igual género que todavía perduran).

Para el capitalismo la crisis se expresa hoy particularmente en el cuestionamiento de su condición de proyecto civilizatorio. Se mantiene con vida, pero cada vez más cuestionado en las consecuencias sociales rupturistas que genera a nivel de los procesos económicos que lo sostienen; en el privilegio que ejerce sobre el cómo gobernar -reduciendo la discusión sobre la democracia y su implantación a un simple asunto de procedimientos- y el qué decidir, lo que supone aproximarse a la política y a la democracia desde un punto ético que no relega la búsqueda del bien común; en su deterioro del ambiente; en el rechazo al individualismo en un marco de revalorización del individuo; en su incapacidad de conciliar intereses individuales y sociales; en fin, en que constituya una fórmula con respuestas adecuadas a las nuevas utopías sociales. [1]

El derrumbe del socialismo en el Este fue asumido por las fuerzas conservadoras como un triunfo del capitalismo. Pero cada día se hacen más evidentes las dificultades de este sistema social para alcanzar fórmulas que permitan un desarrollo del individuo, de la democracia y del mercado compatibles con las necesidades de los sectores sociales mayoritarios. De esta forma el capitalismo pierde legitimidad y consenso.

Esto no sólo ocurre en el llamado mundo periférico, en donde el atraso y el pauperismo han sido constantes históricas, sino también en el centro. El número de pobres crece de manera alarmante en Estados Unidos en sus múltiples manifestaciones (homeless, desempleados, mendigos, personas que viven de programas de beneficencia social, etc.). Una de las ideas-fuerza más sentidas en el país del Norte, el "sueño americano" -la seguridad de las actuales generaciones acerca de que sus hijos encontrarán mejores condiciones de vida- se ha derrumbado luego de doce años del reagonomics aplicado por los gobiernos republicanos.

Desde esta perspectiva el derrumbe del socialismo autoritario fue más el triunfo de un proyecto militar, en el marco de la guerra fría, que el de un proyecto societal y civilizatorio.

La pérdida de consensos en torno del capitalismo como fórmula de solución coincide con la crisis no sólo del socialismo real, sino de la idea misma de socialismo, alimentada por los acontecimientos en Europa del Este. Pocas veces como en la actualidad las sociedades caminan tan huérfanas de horizontes.

En medio del caos que generan las transformaciones tecnológicas, de mercados, económicas en general y políticas, los pueblos se refugian en sus últimas defensas y resurgen nuevas profecías que buscan en el nacionalismo (con expresiones retardatarias como aquella en que se apoyan los nuevos movimientos fascistas en Europa) o en el fundamentalismo una columna de la cual asirse. Lo que está presente, sin embargo, es la ausencia de proyectos societales.

América Latina, a su manera, también vive esta situación. Aquí, sin embargo, el problema se agrava porque a la crisis general de proyectos societales se agrega la crisis del presente, de las propuestas de solución de corto y mediano plazos, de la cotidianidad social.

II. Las "falsas promesas"

Las mayorías latinoamericanas han vivido siempre bajo el signo de la esperanza. Esperanza de que el nuevo gobierno mejorará sus viviendas; esperanza de trabajo, de mejores salarios; de escuela y salud para sus hijos; de mayores libertades y gobiernos justos. Esperanzas en fin de una vida digna y de que algún día alcanzarán las condiciones de verdaderos seres humanos.

La otra cara de este proceso es la frustración. La población latinoamericana ha vivido entre la esperanza y la frustración.

En la segunda mitad de la década pasada dos nuevos proyectos abrieron espacios a la esperanza: la puesta en marcha de un nuevo modelo económico y las promesas de democratización política.

La crisis de la deuda externa, a comienzos de los años ochenta, culminó el agotamiento del modelo de industrialización caracterizado por la sustitución de importaciones (Vuskovic, 1990). En medio de reajustes para enfrentar la crisis de la deuda se dio inicio a los reajustes tendientes a reorganizar la economía bajo un nuevo eje: la creación de un nuevo modelo que tiene como norte los mercados exteriores. Se trata de ganar en competitividad por la vía de elevar la productividad en ciertos rubros en los cuales se cuenta con ventajas ya sea naturales o comparativas en el mercado mundial, unido a incrementos en la parte impaga del trabajo. [2]

La realización del giro productivo ha demandado la aplicación de severas medidas de ajuste con sustanciales pérdidas de conquistas sociales de los trabajadores, las cuales fueron justificadas con la idea de que primero hay que hacer crecer el pastel para luego repartir. De acuerdo con el discurso neoliberal en boga, el crecimiento de la economía trae aparejada una derrama de beneficios, lo cual redundará en el acortamiento de las brechas sociales abiertas por la crisis de la deuda y la política de ajustes estructurales.

A casi una década del inicio del nuevo proyecto exportador, el balance agrega una nueva frustración a la historia latinoamericana. Muchas economías siguen con serios problemas para alcanzar el crecimiento en las nuevas condiciones, y aun aquellas que han logrado éxitos en los ajustes e iniciado el despegue del modelo en marcha siguen mostrando enormes brechas sociales, las que ponen en evidencia las dificultades para alcanzar

derramas económicas significativas hacia los sectores sociales mayoritarios (Osorio, 1991).

De acuerdo con un informe de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) presentado a la III Conferencia Regional sobre Pobreza en América Latina y el Caribe, 45.9 por ciento de la población latinoamericana vive bajo la línea de la pobreza, en tanto 22 por ciento se ubica en la franja de la indigencia. [3]

Las frustraciones en el campo político no son menores. Tras largos años en que un gran número de países latinoamericanos vivieron bajo regímenes militares, a fines de los ochenta la mayoría de los gobiernos estaban encabezados por civiles surgidos de elecciones. El discurso político puso de manifiesto que la democratización de América Latina avanzaba. Más aún, se llegó a afirmar que, salvo contadas excepciones, América Latina era un subcontinente democrático. En las ciencias sociales los planteamientos caminaron en igual dirección. La consulta electoral en un marco de competencias partidarias, cualesquiera que fuesen sus características y limitaciones, constituyeron credenciales suficientes para otorgar certificados de democratización.

A muy poco andar, la realidad se ha encargado de mostrar la ligereza de los juicios anteriores y la superficialidad de los análisis. [4] Panamá, Haití, Venezuela y Perú, por sólo mencionar los casos más destacados, han puesto de manifiesto que la democracia en América Latina sigue siendo una esperanza y, en gran medida, una utopía.

La ausencia de proyectos económicos que logren concitar consensos sociales; la reducción de la idea de ciudadanía a sus expresiones puramente electorales, cuando logra ejercerse; la marginación de los procesos políticos de enormes contingentes sociales o la participación en los mismos de sectores manipulados por el hambre y la falta de educación y de información; el poder de veto o de injerencia abierta que todavía mantienen las fuerzas armadas en diversos países; y la presencia de leyes electorales que permiten violar el principio de "un ciudadano, un voto", son algunos de los tantos problemas que los panegiristas de la democratización olvidaron o creyeron no conveniente considerar.

La democratización latinoamericana tiene un largo camino que recorrer. Un punto a lo menos aparece como básico: la constitución de una sociedad en donde la mayoría de sus miembros se sientan partícipes y puedan alcanzar una vida digna, lo que supone un proyecto de nación. Mientras ello no ocurra la democracia, un modus vivendi político que supone sustentaciones en torno a consensos, seguirá siendo una fórmula excepcional, sostenida sobre un andamiaje demasiado frágil.

III. Globalización y nacionalismos

Nunca como en nuestros días el mundo había sido tan pequeño. Junto con la aldea global -de la cual nos hablan los comunicólogos para ilustrar los grandes adelantos operados en el campo de las comunicaciones, que nos permiten ver "en vivo y en directo" el bombardeo sobre Irak o la más reciente gira papal-, hoy formamos parte de un verdadero tianguis mundial que nos permite encontrar en el supermercado más cercano mercancías de uso corriente producidas en tierras lejanas. [5]

En materia económica, el mundo es cada vez más un gran mercado. Nuevas regiones se adscriben a él (como ocurre con los países de Europa del Este, por ejemplo) al tiempo que antiguas regiones ya incorporadas (como América Latina) refuerzan sus lazos y sus dependencias con el comercio exterior.

Como todos los procesos, este fenómeno presenta aspectos positivos y negativos. Entre los primeros podría señalarse que la globalización obliga a todas las economías a elevar su capacidad productiva, a buscar la eficiencia en el uso de los recursos, a permitir a la población contar con bienes más baratos y de mejor calidad que los producidos dentro de sus fronteras (sin que se desconozca que a veces ocurre exactamente lo contrario). Entre los negativos, que pone a las economías pequeñas en niveles de indefensión frente a las diversas modalidades de proteccionismo, las prácticas monopólicas y el control tecnológico de las economías más desarrolladas. También debe considerarse que este proceso es encabezado por grandes grupos económicos internacionales, con socios locales, lo que limita sus efectos positivos y alienta la concentración social de los beneficios.

Una de las caras de la globalización es el surgimiento de bloques económicos encabezados por las principales economías en aras de crear un entorno geográfico que les permita operar con mayores seguridades en la competencia mundial.

En este proceso América Latina parece llamada a formar parte del bloque dominado por Estados Unidos (Burbach, 1992). De acuerdo con la situación actual, algunos países latinoamericanos mantienen una elevada proporción de su comercio exterior con el mercado estadounidense (México, por ejemplo), en tanto otros manifiestan porcentajes más equilibrados (Chile) entre los tres bloques (Osorio, 1991). En el largo plazo, sin embargo, no es impensable que el centro, en todos los casos, tienda a ser Estados Unidos, con grados diversos de compenetración económica pero con niveles altos de compromiso de todos los países con la suerte del bloque.

La globalización de las comunicaciones y de la economía obliga a pensar de manera distinta el problema de las fronteras. Las fronteras físicas ya no tendrán el mismo sentido que en períodos históricos anteriores. Las fronteras culturales -entendidas como los centros de identidad de una nación y no como "cortinas de nopal"- pasarán a fijar los "límites" entre los pueblos (Fuentes, 1992).

Sin embargo, junto a la internacionalización se asiste a un rebrote de tendencias nacionalistas. Este proceso no responde en todos los casos a una sola causa y se ve impregnado en sus manifestaciones por razones diversas. La furia nacionalista que se ha desatado en el corazón de Europa tiene raíces ligadas a los procesos de globalización, pero son fundamentales los antecedentes de nacionalidades aplastadas por Estados que las sometieron en sus procesos de expansión o constitución (Paz, 1992).

En América Latina, el nacionalismo aparece más bien como una respuesta a la internacionalización y en particular a las tendencias que dentro de ella buscan uniformar y homogeneizar a pueblos y sociedades.

Aquí no puede tenerse un punto de vista ingenuo en torno a lo que significan los procesos de globalización en materia cultural. Arriba hemos señalado algunos de los puntos positivos y negativos de este proceso. Habría que añadir que la presencia de nuevos medios de comunicación o de mercancías no significa solamente mayor información o más bienes a disposición de una sociedad: también supone la oferta de pautas culturales, de modos de vida, de proyectos sociales, de visiones del mundo que se oponen y denigran en muchas ocasiones las pautas culturales, los modos de vida y las visiones del mundo existentes en otras sociedades. Entonces están presentes también proyectos de homogeneización que buscan poner fin a la diversidad y al pluralismo cultural y que desconocen las diversidades étnicas (García Canclini, 1990).

Por estas razones el reforzamiento nacionalista se presenta muchas veces como un regreso al pasado, como un intento de detener el curso de los procesos en aras de mantener instituciones, valores y modos de vida que se consideran principios de identidad. Es entonces un mecanismo de defensa, ya que busca los instrumentos y el lenguaje para asirse del presente y poder enfrentar las tendencias culturales homogeneizadoras.

IV. Identidades y proyecto nacional

Se ha dicho, y con razón, que es en la cultura en donde residen los aspectos nodales de una nación y de los nacionalismos. Como los organismos con vida, la cultura también se fortalece en el encuentro con otros, abriéndose y no cerrándose bajo siete llaves (Fuentes, 1992).

En este sentido, la apertura de fronteras presente en los procesos económicos y de la comunicación a la larga tenderá a reforzar los núcleos culturales que forman la identidad de los pueblos y las naciones, siempre que se enfrenten de manera adecuada las tendencias a la homogeneidad cultural que antes hemos señalado.

Sin embargo, existen otros aspectos en materia de identidad que no pueden soslayarse. Uno de ellos tiene relación con la existencia de un proyecto de nación capaz de organizar a una sociedad o a un pueblo, de movilizar sus recursos, de ponerlo en marcha, de concitar consensos. [6]

Hoy día podríamos decir que las sociedades latinoamericanas sufren la carencia de proyectos de nación. La crisis de los proyectos societales en general, y las promesas incumplidas del neoliberalismo en materia económica y de los procesos de democratización en materia política muestran una región que busca de manera azarosa nuevos horizontes en su camino.

Para aquella franja social, reducida, que se identifica con los actuales proyectos de inserción en el mercado mundial y con democratizaciones estrechas, los problemas de identidad en torno de proyectos sociales quizá no alcancen a tocarlos. Pero para la América Latina de los que esperan convertirse en ciudadanos plenos, la ausencia de proyectos que los integren a los procesos económicos y políticos se convierte en una crisis de identidad. [7]

La marginación de recursos humanos, políticos y culturales concentrados en millones de hombres y mujeres constituye una aberración ante la exigencia de elevar los potenciales productivos y la capacidad creativa, tan caros a los proyectos de apertura al exterior y de democratización. Pero para integrar a las naciones y alcanzar consensos sociales amplios se requiere de nuevas utopías que pongan al hombre, a los individuos, a ciudadanos plenos en el centro de su atención. Este es uno de los retos fundamentales de América Latina. No parece mucho. Pero no es poco.

CITAS:

[*] Profesor-investigador del Depto. de Relaciones Sociales y responsable del área de Relaciones de Poder y Cultura Política del Doctorado en Ciencias Sociales de la UAM Xochimilco.

[1] Una lúcida exposición sobre estos temas se encuentra en la conferencia magistral de Eric J. Hobsbawm en el Coloquio de Invierno, Ciudad Universitaria, febrero de 1992 (Hobsbawm 1992).

[2] José Valenzuela (1990) ha realizado una caracterización del nuevo modelo exportador.

[3] Véase La Jornada, 24 de noviembre de 1992. Para una exposición más amplia del problema, consúltese CEPAL, 1991.

[4] Para una crítica de los estudios sobre democratización en América Latina, en particular los realizados en el cono sur del continente, véase Osorio, 1992.

[5] Para una visión sugestiva sobre las perspectivas de los nuevos tiempos, véase Attali, 1991.

[6] En esta dirección puede entenderse el planteamiento de José Bengoa (1991: 277) cuando dice que "la búsqueda de identidad tiene que ver con la necesaria proyección... hacia alguna parte, con la explicitación de algún deseo, con la elaboración de un proyecto".

[7] Guillermo Bonfil sintetiza la idea de un proyecto de nación así: "Tres metas podrían unificar a la inmensa mayoría de los mexicanos y, en consecuencia, constituirse en los ejes para diseñar el nuevo proyecto de nación que queremos construir... Los tres elementos están íntimamente ligados y pueden entenderse, de hecho, como facetas de un mismo modelo de sociedad: que en lo político sea democrática; en lo económico, justa; y en esa dimensión subjetiva que es componente indispensable de la vida social, sea feliz..." (Bonfil, 1988: 9). Eduardo Nivón (1992) retoma estos planteamientos de Bonfil.

BIBLIOGRAFIA:

Attali, J. (1991), Milenio, Seix Barral, Barcelona.

Bengoa, J. (1991), "Un asunto de identidad", en Proposiciones, núm. 20, septiembre, Sur Ediciones, Santiago.

Burbach, R. (1992), "Ruptured frontiers: The transformation of the US-Latin American System", en R. Miliband y L. Panitch, Socialist Register 1992. New World Order?, The Merlin Press, Londres.

CEPAL (1991), Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta. Estudios e informes de la CEPAL, núm. 81, Santiago.

Fuentes, C. (1992), "La pasión del futuro", en Nexos, núm.175, julio, México.

García Canclini, N. (1990), Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad, Conaculta-Grijalbo, México.

Hobsbawm, E. J. (1992), "Crisis de las ideologías: liberalismo y socialismo", en revista Memoria, núm. 41, abril, México.

Osorio, J. (1991), "América Latina frente a los cambios de la economía internacional", en Argumentos, núm. 13, septiembre, UAM Xochimilco, México.

Osorio, J. (1992), La democracia ordenada. Análisis crítico de la nueva sociología latinoamericana, inf. de investigación, Depto. de Relaciones Sociales, UAM Xochimilco, México.

Paz, O. (1992), "Respuestas nuevas a preguntas viejas", en Vuelta, núm. 192, noviembre, México.

Valenzuela, J. (1990), ¿Qué es un patrón de acumulación?, Fac. de Economía, UNAM, México.

Vuskovic, P. (1990), La crisis en América Latina. Un desafío continental, ONU-Siglo XXI, México.